

discurso general, pues también antes —como elemento por lo demás presente en el ideario fascista— las voces por la innovación, por la modernización, por el progreso agrario, por el industrialismo, habían sido constante.

En Albacete, ciertamente, encontramos varias manifestaciones de esa fe en el progreso desde muy temprano, dentro de una tónica triunfalista que veía como grandes pasos atribuibles a las autoridades, bajo la dirección clave de Franco, cualquier mejora especialmente palpable, sobre todo en el terreno de las obras públicas, pero también en el dinamismo económico general, medidas sociales y otros ámbitos. Aspectos concretos en la capital como la construcción del barrio Nacionalsindicalista, la mejora urbana de la avenida de Rodríguez Acosta o la reforma de determinados edificios son jaleados en la prensa como pruebas de ese gran dinamismo institucional, y lo mismo ocurre con las inauguraciones de casas del médico y centros de higiene, de casas del maestro y escuelas, de carreteras, de servicios diversos... por la provincia. Cuando con motivo de la feria de la capital o de las fiestas patronales en los pueblos se redactan artículos en la prensa, junto a sus señas de abolengo y de tradición, suelen repetirse referencias a la laboriosidad de sus gentes, a las mejoras urbanas, a la actuación de las instituciones locales, al progreso de la industria y de la artesanía, a la modernización del campo y a otros factores contemplados con el mismo exagerado entusiasmo.

El mismo sentido de progreso se advierte en los diversos ámbitos de la cultura. La actividad en este sentido del colegio de Abogados de la capital, los juegos florales de Albacete, Tobarra y La Roda, los hallazgos arqueológicos en la provincia, la decoración pictórica del templo de San Juan por el padre Escribá, la celebración de disertaciones, la acción cultural de los órganos del Movimiento y otras iniciativas diversas son presentadas también, en efecto, como testimonio de ese caminar en un proceso ininterrumpido de progreso, que a la vez que material, es así de tipo espiritual. La propia celebración de fiestas, con más o menos esplendor, se convierte también en reflejo de esa felicidad general en unas comunidades en marcha. Pero ese progreso general, en su vertiente espiritual, también tendría una manifestación clara en toda la serie de actos religiosos que se celebran con carácter ordinario o extraordinario (entronizaciones del Sagrado Corazón, coronaciones